



EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60
Telégrafo LIBROJA

Apartado 547.—Teléfono 1843
Horas: de 9 mañana á 4 tarde.

SUMARIO

- UN PEQUEÑO REPORTER
Sección vermouth
- CARLOS MIRANDA
La escuela de las mujeres.
- DIEGO SAN JOSE
Doña Isabel de la Paz.
- JOSE G. B. DE QUIBOS
La de los ojos que asesinan.
- F. GIL ASENSIO
A los baños.
- ANTONIO MORILLAS
El paisaje.
- F. GONZALEZ-RIGABERT
Juicio de faltas.
- ALEJO HERNANDEZ
Alborada.
- TOVAR, RIDORIN
y AFRODITA
- Varios dibujos y retrato de
La Rudi.

CARAS BONITAS

¿Para qué decir cosas de LA RUDI?

Con verla basta para perder el sentido.



5 céntimos



Si yo fuese uno de esos sujetos vanidosos, especie de patatas «soufflee» con sombrero que andan por ahí dándose postín, á estas horas estaria organizándome un banquetito, por lo menos, ya que no un homenaje, con suscripción pública, por el gran triunfo que acabo de conseguir.

Nada menos que en el Senado, sagrado recinto de las leyes y ameno lugar para dormir la siesta en todo tiempo, se me ha dado la razón por un representante del país y un ministro. ¿No es esto para darse pote?

Desde estas tersas columnas, he sostenido reiteradas veces la teoría de que la mujer, es algo más que la costilla del hombre,

y que es una injusticia que nosotros nos adjudiquemos superioridad sobre ella, cuando lo verdaderamente superior son las pobrecitas de mi alma, estén sobre ó estén debajo de nosotros. La postura es lo de menos. Resulta un irritante egoísmo eso de que nos calzemos el derecho todo y protestamos cuando ellas nos piden que les demos todo derecho. ¡Qué cosa más natural que lo quieran así!

Pues esta sana propaganda mía, que me ha valido varias declaraciones amorosas y hasta un mensaje de numerosas hijas de Eva, archisuculentas, dispuestas á levantarme una estatua, honor que he renunciado porque no me hace falta, por ahora, que me la eleven, ¡en buena nora haga esta confesión de modestial, comienza ya á dar fructiferos resultados.

El señor Tormo, senador, catedrático, decano de la Facultad y no sé cuántas cosas más, hizo el otro día una petición á la Alta Cámara, consistente en que ya que la ley electoral para senadores no dice taxativamente á qué sexo ha de pertenecer el senador, que se autorice á las señoras para ser electoras ó por lo menos elegibles.

Este interesante tema hizo que los senados concurrentes á aquel cementerio viviente, abriesen los ojos y los oídos para no perder ni palabra ni gesto del orador, el cual argumentó en términos que, coincidiendo con mis predicaciones, no puedo por menos de aplaudir con entusiasmo enloquecedor.

«La ley, decía, no exige la condición de virilidad al candidato». ¡Naturalmente! ¡Pues si la exigiere en qué compromiso tan grande se iban á ver no pocos pretendientes á senadores!

«Precisamente el propio ministro de Fomento —añadía el Sr. Tormo— ha publicado una Real orden manifestando que no hay ningún inconveniente en que las damas puedan ser académicas de la lengua». Y los venerables oyentes sonreían maliciosamente pensando en que dígallo ó no una

LA PAJA ROTA



Camarera.—¿Pero cuántas pajillas necesita usted para un sorbete?

Parroquiano.—¡Si me las trae todas rotas! Con una buena basta y sobra, ya lo sabes bien...

LAS FALDAS Y EL CORAZON



-Si usted conociese mi corsón ..
 -Lo conozco. Se lo he visto al bajar del tranvía.
 -Pues mire usted, no creí que se me viera tan arriba.

Real orden, hay por ahí cada académica de la lengua que es una maravilla.

Y así siguió el Sr. Tormo, dándole al «tormo» de su feminismo, diciendo que abriéras todas las puertas a las mujeres, con que les pareció muy fuerte á parte de los que le escuchaban, porque ellos ya no están para aperturas de puertas y menos en el concepto amplísimo de «todas», y hasta habló del aprieto en que se verían si quisiera entrar allí «una rica hembra de Castilla» de pura sangre.

Yo creo que en materia de hembras, tan ricas son las de Castilla como las de Andalucía, las de Aragón, como las de Valencia. Todas para mí son riquísimas y apetitosísimas; sea cual fuere la región de su nacimiento. En la mujer todas las regiones son de primera, desde la pectoral á la dorsal.

El Ministro de Fomento, que es un malagueño, feo de suyo, pero más aficionado á eso de las ricas hembras que un gallo nuevo, se enardeció al oír al senador de referencia, y también hizo una terminante declaración de feminista, porque él dijo que «está dispuesto á fomentar la aplicación de las aptitudes de la mujer, levantándola cada vez más».

¡Retronchos con las energías del señor Ministro!, dirá alguna lectora entusiasmada. Y hasta puede que haya alguna que tenga el propósito de preguntarme las señas de su domicilio, por lo que anticipo dome á su pensamiento, les diré como el baturro del cuento: «¡Se ha mudao!»

Pero sea cierta la afirmación del señor Ministro ó no, puede ser una figura más ó menos retórica; lo que está fuera de duda es que ya en el Senado se ha hablado de que la mujer puede desempeñar funciones públicas como los hombres.

Y este solo hecho basta para que estemos de enhorabuena, los que creemos que no todo han de ser hombres públicos. Hay que abrirles el camino á las mujeres públicas, aunque algunas; ciertamente, no lo necesitan.

Un pequeño REPORTER



La nodriza.—Vaya un sable moño que tiene!
 El soldado.—¡Vaya! Y eso que no lo limpio toos

los días.

La Escuela de las Mujeres

(Refundición).

En Reims, la gran metrópoli de Francia donde antes consagraron á sus reyes, imperan hoy las leyes de la más modernista extravagancia.

Desde hace tiempo había allí una Escuela de pugiles (esto es, de luchadores); y ahora, como escuela del vivero ó plantel de «cargadores» del sexo feo, fuerte ó masculino, se ha abierto un seminario de señoras para que el débil, bello ó femenino también pueda contar con «luchadora.»...

Ya tienen unas cuantas profesoras para la educación de esas mujeres que van, á todas horas, en busca de novísimos placeres; y están matriculadas también, como discípulas, algunas marimachos ó jóvenes hombrunas, de pelo en pecho, ternes y arriseadas, que quieren adiestrarse en dar

trompadas, cachetes, soplamocos, bofetones, chuletas, torniscones, mamporros, manguzadas, puñetazos, reverses y patadas.

Por fin esas bravias criaturas que vieron á los bárbaros atletas de hogaño hacer corbatas y cinturas, enseñando sus bíceps y sus pechos para edificación de los estetas, verán también muy pronto realizados sus sueños— tanto tiempo acariciados— y se irán al tapiz á hacer piruetas, brincos, saltos, brazadas y cabriolas; retozos y corvetas; empinadas, respingos y mamolas...

Yo, que soy tan amigo del progreso, no me asusto por eso; yo, que soy fervoroso feminista, no habré de abominar de esa conquista nueva de las mujeres que corre siempre en pos de los placeres...

Pero ¿habrá quien resista de hoy más á las señoras, si les da por meterse á «luchadoras»?...

Si á la mujer barbuda, de lejos se salu-

ANTIGUAS COSTUMBRES





—¡Señorito! ¡Que se va á agarrar el solomillo!
—¡Todo se andará, mujer, no tengas prisa!

da (como dice el refrán) á esas bravías que son, y ellas perdonen, unas tías «¡ay, pero que con tóa la barba!», ¿no es verdad que las verías, lector, con más espanto que á una serpiente boa de América, y que no saludarías á una de esas valientes, por lo tanto, que hoy estudian en Francia... ni á ochocientas mil leguas de distancia?

Y si entre santa y santo, pared de cal y canto (cual reza otro proverbio) ¿no pondrías, como yo entre sus senos y las glándulas mías, un millón de kilómetros, lo menos?...

Lo que es yo con las chicas de la Escuela de Reims no quiero nada.

Y, antes de que me den una puñada, ¡que se la den á su señora abuela!...

Carlos MIRANDA

Viuda de José Lerín

Encargada de la venta de LA HOJA DE PARRA en Madrid. Abada, 22, tienda.
Reparte toda clase de periódicos y revistas

Doña Isabel de la Paz.

Acudían cada tarde al estrado de doña Isabel un caballero segoviano, llamado D. Gil de Mendizábal, que á Madrid arribó con el afán de retender no sé qué oficios, y un mercader, de la calle de las Carretas, que decíanle Roque Hernández, entre los cuales, por cuestiones de intereses, había una acendrada enemiga.

Parece que el don Gil de Mendizábal trajo de su patria muy acendrados poderes de amistad *contra* el dicho mercader y usó dellos más de lo que hubieronle de autorizar el cariño de su padre y la magnificencia del huésped, y llegado que fué el momento de advertírsele (que el buen hombre veíase en grave riesgo de quebrar en el negocio, si continuaba atendiendo á las demandas del mayorazgo de Segovia), responióle á quél, bellacamente, que, como no había recibos que acusasen los préstamos, que hiciese cuenta de que no tenía le dado nada.

Como así era cierto, porque Roque Hernández, pasándose de hombre de bien, no había exigido compromiso alguno, no buho más remedio que apuntar aquel dinero en el asiento de Pérdidas y ganancias.

De allí adelante, do quiera que se encontraban, habían poco menos que función de cañas.

Entrambos eran amigos de doña Isabel, y á su estrado acudían con mucha frecuencia, pero siempre curando mucho de no hallarse (sobre el todo, don Gil), porque



—No se «acerde» usted, señora Petro. Es que la estoy recordando que hace veinte años la tenía así muchas veces.

—¡Usted qué la va á tener como hace veirte años! ¡ilusionista!



- Está usted meditabundo, Pepe. ¿Qué le pasa?
 —Es que tengo grandes preocupaciones.
 —¡Ay! ¿A que las tengo yo más grandes todavía?
 —Ya, ya veo que es usted una desgraciada.

no sacáranle las mañas á pública subasta. Pero hubo una tarde que no sé qué diablo enredador ordenólo de muy otra distinta manera, y quiso que á tiempo de calar Mendizábal ya hubiera largo tiempo que el mercader de la calle de las Carretas, llegara al estrado.

No hubo, pues, manera posible de evitar el enojoso encuentro. y por más que ellos pusieron de su parte para no verse en casa ajena, donde no era buen orden ni cortesanía manifestar sus rencores, el dicho diablo las urdió tan bien, que no hubo forma de evitarlo.

Y fué en este modo:

Doña Isabel, que era la corrección misma, advirtiendo como uno y otro no saludábanse, entendió que obedecía á que no fueron presentados, y acudió, solícita, á dales carta de amigos.

Un tanto corrida quedó, al advertir que sus buenos oficios no eran esta vez esti-

mados con el agasajo que había por costumbre: pues el mercader dijo:

—Yo le ahorro á Vuesamerced ese cuidado, pues que ya, para mí mal, nos conocemos harto el señor Mendizábal y yo.

Como discreta, que era doña Isabel, no quiso saber las causas por no inclinarse á alguno, y de allí adelante no pensó en otra cosa que en reconciliarlos, y así hizo-se lo saber á cada uno.

—No sé como sea —decía el mercader— que esto no es quererme como á cristiano, pues amistad en que cae este tal hombre, es para searla luego ..

La notable hermosura del alma de doña Isabel, venía á reflejarse en el cuerpo como en una pulimentada lina de Venecia, y más que nada, en la faz, que pudiera tomarse por la más peregrina de cuantas por el entonces triunfaban en la corte.

Ya pesábales al *Mercurio* de la calle de

ENTRE JUGADORAS



—Habéis visto qué bien tiran esas muchachas de la ruleta eléctrica.

—Quis. A tirar bien no nos ganan esas.

las Carretas, y aun al hidalguillo segoviano desta bizzarria, imaginábanse muy en alto para asomarla al corazón por las ventanas de los ojos.

Comenzó doña Isabel, solapadamente, á hacerse pasta de jalea con los dos rivales, y á las galanterias de Mendizábal, dijo, *quiero*, y á las ofertas de Roque, dijo, *vengan*. En tal manera supo armonizarlos, que ella misma encargóse de que, durante los preliminares de la paz, no tornaran á encontrarse los enemigos.

Don Gil acudia al estrado (y aun mas adentro) por las mañanas, y el otro, cuando bien podía.

Y, aconteció que una tarde pudo el galán provinciano satisfacer por entero la deuda que ya el mercader daba por perdida.

De allí adelante volvió á renacer la amistad entre ellos, merced á la astucia de la pacífica dama, que, tan sabiamente, trocaba las esplendideces del uno en deudas satisfechas del otro.

Diego SAN JOSÉ

La de los ojos que asesinan

Por causa de unos asuntos relacionados con el III Centenario de Dominico Theotópuli, tuve que trasladarme, de de la Corte, á Toledo, la imperial ciudad.

Tomando un refrigerio en una cervecera de la plaza de Zocodover, me hallaba, cuando los rayos del sol vespertino iluminaban débilmente á la «Corona de España y luz del mundo», como la llamaba el egregio y popular jefe de los Comuneros de Castilla. Tan abstraído estaba en yantar lo que me habia hecho servir, que no me di cuenta en el instante de que una joven pasó por mi lado y me dió un ligero pisotón.

Cuando transcurrieron unos segundos, súbitamente volví la cabeza y observé que aquella mujer tenía la mirada fija en mi rostro.

Arrastrado por una fuerza poderosa é irresistible, me levanté; pagué al camareero y salí tras ella, arrollando en el espacio que nos separaban á unos cuantos alumnos de la Academia de infantería.

Ya cerca de la joven vi que la acompañaba un hombre, quizá su padre, que representaba la edad de siete lustros.

Haciendo estas suposiciones me hallaba, cuando sentí en el hombro derecho un violento puñetazo. Volví la cabeza y me encontré que era mi amigo Mauricio, el que de tan cariñosa manera me saludaba.

—Hola, chico —me dijo.

—Hola —le contesté casi imperceptiblemente.

—¡Caramba! —exclamó al fijarse en la



—¡Ahora sí que me deshago yo de ese billete falso y con el «Maura, sí!»

joven que yo seguía—. Conque conquistando á la de los ojos que asesinan.

—¿La de los ojos que asesinan? —repetí con extrañeza.

—Sí, hombre. Pero, ¿es que no lo sabías?

Hice un gesto negativo.

—Pues te voy á contar, el por qué así la denominan. Esta niña, que se llama Rosario Trigo, y que como habrás observado es una *mujer de abrigo*, sé por personas fidedignas, que estando un día visitando las *Gigantonas*, miró de una manera bastante expresiva á un aristócrata oriundo de Toledo.

El joven, completamente enamorado y ansiando poseer tan sugestiva belleza, la pidió relaciones; recibió calabazas, y al siguiente día, dicen que le encontraron exánime.

Como la gente de esta tierra es tan legendaria, divulgaron la noticia de que los ojos de Charito eran maléficos y que en aquellos en que posara insistentemente la mirada R. I. P.

Ya lo tienes explicado. ¿Qué te parece?

—¡Bah! —esta palabra dicha despectivamente fué toda mi contestación.

Seguimos andando sin volvernos á hablar. Llegamos á *El Mirador*, desde donde se divisa el Tajó y los hermosos panoramas que ofrecen los arrabales de la Antequernela y de las Covachuelas. Rosario, aprovechando un descuido del hombre que la acompañaba, sacó de su bolsillo un lápiz y en un papel trazó unas líneas. Me miró y me hizo una seña, dándome á entender que recogiera el billetito que había dejado caer al suelo.

Lo hice con precaución y leí con avidez: «Le espero á usted, á las ocho de esta noche, en la calle Nueva, núm. X. Tengo que hablarle de un asunto que le conviene. —R. T.»

Antes de que mi cronómetro marcara las ocho, ya estaba yo, donde tan fortuita y extraña aventura me deparaba.



El.—El toro venía abanto..., sabes.

Ella.—So morral, no te da vergüenza. Tós la vía á restras con tus cuernos

«La de los ojos que asesinan», á la hora anunciada, se asomó tras la reja de una no muy alta ventana. A los treinta minutos escasos de platicar con ella, me había hecho la siguiente revelación: El hombre que la acompañaba no era su padre, sino un protector que la prohibió al quedarse Rosario en estado de orfandad.

Hallándose Eduardo Molina —asi se llamaba el patrocinador— con su protegida en el círculo de Toledo, conoció á un millonario, que aunque era casado, se ena-



...sus cuernos y la tienda abandonó.

moró de Charito. Este una noche, estando solo con Molina, le comunicó que por la señorita Trigo le ofrecía la respetabilísima cantidad de 5.000 pesetas. Encantado el protector de tan estupendo negocio, aceptó sin titubear.

Quedaron en que al siguiente día de que esto sucedió, Eduardo, sin comunicar nada á Rosarito, la llevaría á la morada del millonario y éste allí cumpliría lo acordado.

Pero el comprador de la virginidad de Charito, por una causa fortuita, tuvo que

salir para Madrid donde unos asuntos reclamaban su pronta presencia.

Antes de marchar para la Corte, le escribió una carta diciéndole, que para el día en que se celebraba el III Centenario del Greco, estaría nuevamente en Toledo.

De toda esta proyectada explotación, se enteró casualmente Rosario Trigo, por una misiva que su protector dejó olvidada en su despacho y en la que el millonario recordaba á Eduardo todo lo pactado.

Al saber todos estos maquiavélicos planes que se tramaban contra ella, no es de extrañar que Charito, desde entonces, sintiese por Molina una aversión muy difícil de vencer.

Resolvió cuanto antes apartarse de su lado y huir de Toledo con una persona que la respetase. Creyó verla en mí—pues semanas después la probé lo contrario— y fui el designado para viajar en su compañía.

Al día siguiente de nuestra cita, á las siete y media, nos encaminábamos á la estación para abandonar la imperial ciudad «madre de las ciudades».

José G. B. DE QUIRÓS

A LOS BAÑOS

(Charla de plazuela)

—¿Vas á Alicante, Remigia?

—Es claro que voy, Nicasia, y te juro que aprovecho

el primer botijo que haiga, porque necesito baños pa esta enfermedad cutánea... ú como se diga: oserva si tengo suave la cara, de granos...

—Fruta del tiempo.

—Que me pone hecha una lástima.

—¡A ti, que siempre has tentado el cutis como la nácar, por lo fino!

—En el invierno,



El esposo.—¡Ven á mis brazos, Filol!

La esposa.—¡Imprudent! ¡que esté ahí mi primo y ya sabes que no le gustal

porque, en verano, me pasa lo que ves; soy tan fogosa, que las calores me matan.

—Custión del temperamento.

—Y custión de que en la Fábrica sudo tinta, trabajando, pa que no le falte al guaja de mi Poli una peseta, y no diga una palabrr.. respective á mi conduzta como señora.

—¡Le tratas que ni á un príncipel...

—Es que vele...
tóo el dinero que se gasta á mi salud.

—No te quejes: otras son más desgraciadas. Dime, ¿en qué te perjudica gastándose lo que gana? ¿Te toca á lo tuyo?

—A veces na más.

—Si á mí me tocara un hombre así...

—Pon los medios.

—Chiea, si los pongo, y... ¡magras! No hay un gachó que me diga «por ahí te pudras».

—Aguanta, que, más tarde ú más temprano, tú verás cómo haces changa.

—Quisiera...

—Pues á cazarle, que eres joven y eres guapa. ¡y una mujer sin marido,

yo sé lo mal que se apañal...

Por el mío voy tirando...

—¿Te le llevas?...

—¡Pocas gracias!...

Poli se viene conmigo, porque no me da la gana de que vuelva este verano hacerme lo que el de marras.

—¿Qué hizo?

—Me lo dejo sólo,

con toda la confianza, al *curiao* de una vecina que presumía de santa

—con permiso del esposo—, y, cuando volví, ¡ya estaban como en familia!...

—¿De veras?

—Lo que te cuento, ¡palabral!...

Y, si me retraso un día, no encuentro títere en casa. ¡Qué destrozo!... ¡No te puedes figurar cómo abusaban de que yo, *iznorante* y prima, les abrí la puerta franca.

—Si tú quieres, yo me encargo de *curiarle*...

—No hace falta;

PINTOR CORTÉS



—¿Y no le molesta á usted la pipa para pintar?

—No, señora; pero si le molesta á usted, dígallo.

Poli va en mi compañía.
Total lo mismo se gasta:
la *diferencia* del viaje,
porque allí hay una posada
donde por cinco pesetas
te dan... *tóo* lo que reclamamos:
buena comida, buen trato...
¡y las pulgas no se pagan!

—*Tent's* suerte.

—Pa no otros,

Alicante es como Jauja.

—Y ¿váis á estar mucho tiempo?

—Quince días, que se pasan
volando; que te diviertes
con una alegría sana,
te das un *pisto*... barato,
te *osigenas* una *miaja*,
engordas sin darte cuenta,
y, cuando menos, ¡te lavas!

—Pues á remojar á gusto,
que yo... me baño en tinaja.

Y hasta la vuelta, Remigia.

—Hasta la vuelta, Nicasia.

F. GIL ASENSIO

DEL PAISAJE

Al paso lento de sus amarguras, camina la tropa de pobrecicos gitanos. Es una mancha multicolor, una horrible herida, abierta en el valle, que derrama en sangre generosa por el sendero florido.

Menos van de los que salieron, tres menos de los que, al cruzar la Vega granadina, lloraron, como dicen que lloró un rey poeta. ¡Paz al cuerpo que dejaron en tierras en Santa Fe; paz al alma del cuatro Juanico, que Dios sabrá darle en justicia lo que por sus picardías le viniere en derecho! Dicen que dió su vida á precio de unos cantares. Cuentan que una noche de zambra y alboroto, cara á la intensa poesía de unos ojos africanos, Juanico *pregonó* las flores del huerto de otro cariño. Allí está, para atestiguarlo, Rosalía la «Claveles». Y allá en los *jerros* de Granada, las manos vengadoras de Luisillo el «Macetero». ¡Tenía que suceder!... Fuertes eran los dos, fuertes como la muralla del Alcázar de Boadil.

—¡Canta, Rosalía!... —rogó Juanico.

Y Rosalía cantó, ¿por qué no, si era su oficio?

Cantó, como siempre; una estrofa vi-

brante de pasiones y dulzuras. Pero, ¡qué! Nadie vió en esto motivo para que su Luis matase. ¿Por qué se contuvo otras veces, otras muchas veces, cuando, á instancias de los hombres, cantó para que bailase la rapacilla Isabel? Y sobre todo, ¿por qué permitió que un día — todos lo recuerdan — la acariciase obstinadamente aquel marchante de Motril? Luisillo fué siempre una mala cabeza... ¡Pobrecico!



—¡Sinvergonzosa!, jugando al escondite con Pepito, ese grandullón...

—Pero, abuelita, si era de mentirijillas. No me escondía nada, ¡te lo juro!

Aún les parecía verlo con las manos en la espalda, amarrado carretera adelante, entre la noble severidad de unos guardias civiles. Ahora dice que le pesa, que estuvo ciego, que los celos le obligaron... ¡qué sé yo las cosas que escribe desde allá! Cada carta es un sentido poema de arrepentimiento. Rosalía llora sus culpas, y todos, grandes y chicos, se han fundido en una sincera luminaria de perdón. Aquello pasó, como pasa el viento por las oquedades de la cañada; no fué más que un alto.



—¿Quién es este militar tan guapo que va con el general y su señora?

—¡Pues no lo estás viendo, mujer, su ayudante!

vulgar en la ruta dolorosa que habían emprendido. ¡Y vayan al olvido aquellos pesares, que otros vendrán á remorar su recuerdo! Infelizmente, no basta una eterna guirnalda de lágrimas para exornar el cadáver del sufrimiento. ¡Qué más da! Hoy, Juanico, mañana... ¡quién sabe!, otro cualquiera, el mejor mozo, la hembra más garrida. Y la caravana de la amargura detendrá su bagaje de miserias para hacer la fosa del cuerpo que no sufre. Luego, al camino, amontonados, fundidos en el irónico y esplendoroso colorido de sus trajes, semejante á una horrible herida, que sangra sus ilusiones por el sendero florido.

Pasado aquello de la muerte de Juanico, cuando aún estaban todos bajo la inmensa emoción de la tragedia, surgió el suceso que habría de darla al olvido. ¡Carmelita se había fugado! La gloria de la caravana, la dulce morena de los ojos rasgados y los labios de sangre, huyó con uno que no era de su raza, con un rico marchante, que en Guadix la cortejó.



Conmoviése la caravana, como sacudida por una mano gigante y brutal. Lloraron todos, lloraron la pérdida de aquel rayo de aegria sana, de aquella divina mujer morena, que hizo risas de sus dolores, y calmó con sus trinos depajarillo loco las fatigosas jornadas por tierras de Orgiva y Albuñol. Odiáronla luego con ese odio ingénit y fanático de la raza, capaz de las venganzas más horribles, y, por fin, la perdonaron. La perdonaron con el perdón deprimente de un olvido voluntario: Únicamente Rafael, que había hecho con su corazón la voluntad de Carmelita, vió como á cada momento se le aferraba á la memoria una idea vengativa ¡Ah, si él la hubiese alcanzado cuando á lo lejos la vió!... ¡Poco hubiera sido la cuchilla de su enorme faca de Bailén!

—¡Por ayí, señor Manué, por aqueya veréa los vieron mis ojos! ¡Mardita «Torda», que así no corrió de los siviles como de nosotros corria!

Eya iba á la grupa, cogía, mú cogía á don José Seni... ¡Y él espoleaba á la «Torda» y eya movía los pies, pá obligá má y má á la mardita yegua! ¡Y yo, detrás, loco, gritando sin podé, y corriendo ar arcance, sabiendo que no arcansaba! ¡Madre mía, qué camino! —¡Eh, Carmelita —gritaba yo— y eya areaba los pie y con eyos pegaba en las ancas de la «Torda»! ¡Perra mujé! ¡No vale má que la sangre que me hise! Misté, señor Manué, una esgarraúra en este brazo. ¿Y ve usté aquer árbo grande que paese una crú? ¡Pos ayí me tendí, jarto y herio! ¡Ya no podía má!... ¡Lástima de bala perdía pá los pechos de la yegua!...

Entonces todos le escucharon en silencio, conmovidos profundamente, tomando parte sincera en la pena del mocito. Hoy, cuando pretende repetir aquellas mismas palabras, nadie quiere oírle, todos adoptan un gesto significativo de indiferencia, y, como único consuelo, le aconsejan:

—Déjala, orvidala... ¿No te orvidó eya á tí?

En medio de aquella soledad espiritual, Rafael encontró un alma buena, un corazón dolorido que le atendía y le consolaba.



—Ese hombre no te conviene para marido. No tiene sobre qué caerse muerto.

—Pues yo te aseguro que tiene lo que necesito y aún le sobra bastante.

Fué una noche de luna, una tranquila noche primaveral en que pernoctó la caravana en un valle, junto a Moreda. Al raso sus cuerpos, amontonados en una promiscuidad de sexos, por techo un cielo salpicado de mariposas de plata, y por cama las enjalmas y los lomillos de sus desmeдрadas caballerías, Rosalía, la «Claveles», buscó el cuerpo arrogante de Rafael el «Granadino».

Fué un instintivo movimiento de hembra, el efecto de la causa sublime de aquella enervante noche primaveral.

Rafael se estremeció. Sintió que oprimían las suyas unas manitas de color de perla, y sintió que una boca jadeante dejaba sobre la suya algo más enervante que un beso pasional; algo que oprimía sus labios, algo, en fin, que mordía lentamente, refinadamente, con ese erótico refinamiento oriental. Y besó también, mordió también.

Lejos se escuchaba el sonido irregular de las trabas de hierro de los animales, un

relincho lejano, y el canto misterioso de un ave nocturna.

Rosalía y Rafael quedaron separados de aquel inmóvil montón de carne dolorida.

Cuando nació el día, la caravana se puso en movimiento. Y, lentamente, del valle fueron a la cañada... cada día más lejos, cada día más desventurados...

Antonio MOELLAS

Juicio de faltas

Para Luis Alvarez González

—Usía me dispense el que no esplique con palabras adz lo sucedió; como á hablar bien, por suerte ó por desgracia, no me enseñaron, soy mu poco fino, y claro, usía ya pué figurarse, too el que anda entre cerdos (con premio),



El —Lo que me desagrada de las botellas de Champagne son los corchos, ¡qué figura tan rare!

Ella.—Pues mira, hay corchos que tienen la figura más perfecta que algunos hombres.

no pué hacer filigranas con la lengua, quió decir que no sabe de azjetivos ni de frases de moda, como saben hoy en día toos esos señoritos que se dan en los pelos mandoline y pipas de membrillo,

y llevan aplenchaos los pantalones.
y... ércétera, que usía está intranquillo
por saber la verdaz del hecho d' autos
que nos trae á este sitio.

Es el caso, señor, que el otro día,
á cosa de las cuatro menos cinco,
mi mujer, la Grabiela, ú como usía
gula llamarla, que á mí me da lo mismo,
salió, como otros días, á la busca
y captura de ojetos poco limpios,
escarbando en Madriz toas las basuras
(con premiso de usía sea dicho).

COCINERA NUEVA



—Vamos á ver si da usted gusto al señorito...

—Pierda cuidado la señorita Sería el primero
que quedase descontento.

y como se pasaron muchas horas,
y la Grabiela no había venido,
le rabía y el cariño me cegaron,
porque, eso sí, la tengo tal cariño,
que más de dos y más de cuatro veces
que la he zumbao, sólo por eso ha sío;
pues bien, señor usía, según iba
diciéndole, me fui por el camino
que debía traer, y no la vide,
y entonces me decís yo: un marío
amante de su casa y de su cónyugüe,
quió decir un sujeto honrao y dizno
como lo ha sío siempre Pedro Pérez,
servior del usía escelentísimo;
un sujeto decente, cuando busca

y no encuentra á su esposa, señ r mío,
¿qué ha de hacer en el azto de encontrarla?
¡Darla un golpe, matarla, ir á presidio!
Usté ha de dispensar, señor usía,
mis frases, porque estoy escitadísimo,
y cuando yo me pongo en este estao,
lo confieso, no sé lo que me digo.
Total y pa acabar: que la Grabiela
estaba por la noche con Quirico
en el café económico que existe
allí junto al Cerrillo,
tomándose unos vasos de recuelo,
y que yo le di un golpe en cierto sitio
que la d'cencia impide que se nombre;
que nos liemos él y yo de dichos,
y que después vímoslos á las manos,
que el Quirico me hió á mí en un tobillo,
que llegaron los guardias y el sereno,
que fui nos á la comi del destrito,
donda, encerraos, pasamos unas horas...
Conque aquí tié el usía el sucedío.

—¿Se pué hablar?

—Tú te callas.

—No me callo.

yo voy á hablar clarito, mu clarito:
aquí el señ r, mi hombre, en ocasiones
que suelen ser frecuentes, tié mal vino.
por lo demás, el probe,
lo digo con franqueza, es un bendito;
lo que es que el otro día
no tenía Quirico,
iznoro por qué causa, luz bastante
pa darle á mi marido pa sus vicios,
según costumbre cuando nos encuentra
juntos, y se armó un cisco
de padre y señor mío, y esto es too
por lo que á este juzgao hemos venío.

F. GONZÁLEZ-RIGABERT

ALBORADA

Hay de la Tierra en el silencio grave,
un vaho ardiente que febril se exhala,
que trae aromas de los trigos secos
entre frescura de las fuentes claras.

En estas siempre dulces
de Agosto adornecidas alboradas,
vibra el amor en las llanuras ricas,
duerme el amor en las llanuras pardas,
y el rabadán preludia sus sentires
filtrando su alma toda por la gaita.
Oyó quizá sus ecos

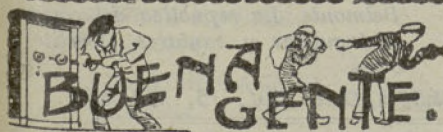
la pastorcilla que á lo lejos vaga,
y, atraída por místicos arrobos,
dejó un momento sus nerviosas cabras,
para escuchar en su nacer los sonos
ingénuos de la flauta,
que, silbando el amor en sus oídos,
vertió el deseo en lo interior del alma...
Y furtiva, llegóse
al rabadán que en soledad tocaba...
¡En su honor vibró entonces la más dulce
de todas las charradas!

Flotaron deliciosas,
suavísimas y mansas
las tonadas de arar lentas y graves,
ardientes las eróticas tonadas,
evocando perezas de las yuntas,
humedad en apriscos de las cabras,
picarescos relatos de pastores,
corpiños prietos y revueltas sayas.

En un silencio del rabel fíilico,
un beso largo resonó en las auras
y los potentes brazos oprimieron,
las curvas de la virgen azorada.
Fué suyo aquel tesoro,
el oculto tesoro de sus gracias:
Aquel moreno pecho desbordante,
las caderas rotundas como ánforas,
los labios, como fresas tan maduras,
que almibar sólo al apretar manaran.

Brilló la luz del día...
Floreció la mañana...
El rabadán, tendido en la llanura,
teniendo un blando pecho por almohada,
silbó en triunfo un idilio,
que adormeció los nervios de las cabras.

Alejo HERNANDEZ



Eladia Iglesias, Medina del Campo
(Valladolid).

Juan Diego Fernández, Peluquería,
Campo de Criptana (Ciudad Real).

Matías Sáenz, Nieva de Cameros (Lo-
groño).

Agentes exclusivos en Sud América
MASSIP Y COMPAÑIA
RIVADAVIA. 698.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones ESPAÑA (S. A.)

HOMBRES

Hechos de energías, nervioso-muscu-
lares, impotentes, gastados por abu-
sos de Venus, solitarios, alcohólicos,
pesares, estudios, &, viejos sin años,
recobrarán las fuerzas de la juventud
con el VIGOR SEXUAL KOCH de uso
externo. Los medicamentos al interior,
si son débiles, estropean el estómago
y no producen efecto, y si son fuertes
matan la salud. El VIGOR SEXUAL
KOCH se vende en las boticas bien
surtidas del mundo. Conviene que para
determinar el grado de DEBILIDAD se
pida á la CLINICA MATEOS,
Arenal, 1, 1.º, MADRID (Españ-
ña) el GRAFICO SEXUAL, y lo recibirá
gratis por correo, reservadamente.

ACONTECIMIENTO LITERARIO

Para que rían los curas

Desfilan por las páginas de este
libro, entre otras, las salientes figu-
ras: Castrovido, Pablo Iglesias, Bena-
vente, La Chelito, Loreto Prado, Ré-
pide, D'Anuncio, Valle Inclán, Bo-
b-dillo, Bonafoux, Angeles Vicente,
Tomás Romero, Pinedo, Luis Esteso
y otros.

Una peseta en la Librería de Fernando Fe
Pue ta del Sol, 15.—MADRID

Un consejo á las señoras

que parecen de rubicundecos, iu-
pus, etc. Tomar todos los días un
Papel Yhomar disuelto en un vaso
de leche ó agua muy azucarada,
y desaparecerán esos defectos que
afean el cutis y teniendo constancia
obtendréis una piel fina, tersa y deli-
cada como pétalos de rosa. Gayoso,
Madrid; Gamh, Valencia, y en las
principales farmacias bien surtidas.

SEGURIDAD ABSOLUTA

La tendrás si usáis las gomas
higiénicas que vende

LA MASCOTA

GATO, 4.

Catálogo gratis enviando sello.

EL FENÓMENO

sigue bien desde que compra go-
mas irrompibles de las mejores
marcas que vende

La Inglesa

San Vicente, 16^a, Valencia.

Catálogo gratis enviando sello.

Agente exclusivo para los anuncios de LA
HOJA DE PARRA y EL LIBRO POPULAR,
Francisco Pastor, San Bernardo, 1, 3.^o

IMPRENTA

DE

EDICIONES ESPAÑA (S. A.)

En esta imprenta se hace toda
clase de periódicos, folletos,
circulares, facturas, cartas co-
merciales á precios
económicos.

PASEO DE LAS DELICIAS, 60

Apartado 547. MADRID Teléfono 1.843

Magnífica oleografía

copia exacta del hermoso cuadro de Fortuny

La Elección de Modelo

que se admira en el Museo del Prado. Tamaño: un metro por 60 centímetros.
Precio en Madrid, 1 peseta; provincias certificado, 1,50. Quedan pocas. Dirijan-
se los pedidos al Sr. Hernández, Palma, 7, p^{al}. 4.

OBRAS DE LUIS ESTESO

La novela verde, 0,50 pesetas.

Es una obra festiva llena de refina-
mientos y gracia fresca.

La reata humana, 2 pesetas.

La mejor producción de Luis Esteso.

El turbión de la risa, 1 peseta.

Contiene seis tomitos: *La vida de
Belmonte, La república del común,
Malagueñas y cantares, Joselito y
otras.*

PEDIDOS A FERNANDO FE, PUERTA DEL SOL, 15, MADRID

Misterios y secretos del lecho conyugal

(Sólo para hombres y casados).—Dos tomos con grabados.

Tortilla al ron Un tomo de 255 páginas.

Se envían á provincias, certificados, los tres tomos por CINCO pesetas en Giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por CINCO francos ó UN dollar.

Los pedidos, con su importe, diríjense ÚNICAMENTE A ANTONIO ROS, LI-
BRERO, JACOMETREZO, 80, 4.^o DRA., MADRID (Casa fundada en 1896).

BIBLIOTECA PRIVADA.—Catálogo gratis enviando sellos por valor de 0,50 pesetas